



Juan José Ceba



● *Virtudes vendiendo en su puesto del mercado en la Plaza de San Vicente de Paul. Foto de 1973. Colección Miguel Angel Alonso*

MUJERES SENTADAS EN LA PUERTA

Juan José Ceba

**Recuerdo agradecido a las mujeres de mi infancia.*

De continuo acuden las mujeres de mi niñez, al espacio interior en donde habita la memoria. Están también ahí la chiquillería de la pandilla, las hermosas crías que juegan en la calle, y los hombres, con sus dedicaciones artesanas o comerciales, sus tratos de mulos y caballos, o su cultivo de pequeños bancales, en una clara lucidez de resistencia, inventores de sus islotes de abundancia. Pero, por mi infancia, transitan mujeres, sobre todo; muchas enlutadas en la perennidad del negro -tan gastado- que alcanza ya gamas de grises desvaídos de viudez y orfandad. Lutos por desapariciones o disparos, por epidemias o enfermedades que, a traición, arrebataron los seres más amados. Y tan jóvenes; "antes de tiempo y casi en flor cortados".

El delirio de la primera palabra

El primer recuerdo que inaugura mi vida, es la del niño a punto de romper a hablar, en brazos de las muchachas adolescentes de la calle, que lo llevan de acá para allá, como un pingo, encantado. Traen en las manos un racimo de uvas, y mostrándole los frutos rotundos -de cuya dulzura, jugosidad y frescor se ha hecho adicto para siempre- juegan a decirle al mínimo insurrecto: -Juanico, ¿una cosica redondica con un rábico arriba?. Y el nene, dislocado, por el resorte de todos los sentidos, suelta con brío su primera palabra, racimada: -Uva-uva-uva uva!!! Las jóvenes reciben con carcajadas y jolgorios el vocablo naciente, y premian al minúsculo zagal con uvas bien peladas y libres de pepitas. El aire de la Calle Ancha acuña (o acuna) la primera palabra del pequeño, que, de manera inesperada y contra toda lógica, no es la voz balbuciente para reclamar la atención de sus padres, sino aquella que alegra el paladar de su deleite. La palabra gustada y bien gustada.

¿Cómo no pensar si, mi pasión placentera por los vocablos vivos, tuvo en mi Calle su primera irrupción maravillada? Como un Dionisos chico, en brazos de las doncellas alegres de La Loma, el niño, sosteniendo un racimo, ha dicho su palabra ebria e inicial. Y un poco más allá, las féminas mayores, vestidas del color de la ausencia, calladas, destejan su lamento.



● *Lomeras en los años 30.*
Gentileza de Antonio Pérez Martínez

Mujeres con ropas carmelitas

Las hay que visten también, en Albox, de hábito carmelita, del color de la tierra. Sayal humilde, a veces con el escapulario al cuello, las mujeres de mi familia mantienen también esa larga devoción a la Virgen. Mi abuela Carmen, que vive con nosotros en la casa-papelería de La Loma, y ha repartido su nombre, a manos llenas, a varias nietas y a mi hermano Carmelo, no se desprende nunca de esa tela marrón de los místicos castellanos. Llevan, a veces, el hábito de tierra desvaída, Iris, mi madre, y mi tía Paca Ceba -cuya casa es un taller artesanal, con horarios de trabajo e impronta de convento.

Cuando de niños viajamos, por primera vez a Guadix, donde vivían las hermanas mayores de mi padre, nos sorprendió encontrarlas vestidas también con los ropajes carmelitas. Lo recuerda mi hermano Manolo con emoción y claridad. ¿Qué era aquel enigma que unía a las mujeres de mi ramaje familiar, con tantas damas de mi pueblo?

Mi abuela pasó muchos años con sus ropas gastadas, de colores perdidos, hasta que su hija, o mi madre, en la fecha señalada del mes de julio, le alegraban con un hábito nuevo, matizado de tierras. Así la pintó y le dio vida -cuando ya no estaba entre nosotros- su bisnieto, Andrés García Ibáñez, (quien no la conoció) en dos retratos para el escalofrío.

Sólo al cabo del tiempo supe de la antiquísima tradición de milagros de la madre del nazareno, en su retiro del monte místico del Carmelo, de cuyos tonos terrosos tomó colores y texturas el sayal de las monjas y frailes y aquella hermandad de mujeres seglares, signo de devoción, y de favores, tras el paso de frontera a la

muerte. En el escapulario (que vi tantas veces por mi casa y en algunas mujeres de mi barrio), estaban estampados la madre con su hijo en los brazos, sosteniendo el mismo escapulario, con el sello carmelita, las estrellas de los profetas, y el monte, con la cruz añadida por San Juan de la Cruz; que muy pronto llegaría a ser mi poeta.

También llevan, en ocasiones, solteras o madres penitentes, la vestimenta de color morado. Dentro de mí deambulan con abundantes ropas pardas o grises; y los colores vivos, más escasos, que son un festejo de alegría, en el ir y venir de los días guardados. Sobremangas para ocultar los brazos de exuberancia rosa, que no pueden mostrarse en las iglesias, por los días de verano sin resuello. Y el velo, siempre el velo negro cubriendo los cabellos, de fina red tejida por arañas fantásticas, que niegan la belleza libre de cuanto es natural. Ahí las veo, con el rosario de azabache y el misal negro de fino papel biblia. Y el estallido de colores y trasgresión bullente con que ellas llenan, cada martes, el glorioso escenario del mercado. Cuánta ebriedad y vida, culmen de los sentidos, donde la belleza se muestra liberada, al fin.

Aquella fuente de la palabra libre

Y miro al mujerío, sentadas en la puerta misma de sus casas, en charla viva de surtidor o fuente. Qué fragantes y frescas sus palabras. Qué corriente de verdadera gracia. Qué lengua suelta, qué hermosura de idioma, así, inadvertido, sin espejos; con la intención, la picardía, con el doble sentido, decir con las imágenes aquello que no puede nombrarse, el diálogo concertado, donde son ellas -sin tapujos- en la gran cima de su plenitud.

MUJERES SENTADAS EN LA PUERTA



● Una lomera a finales del siglo XIX

Si he de buscar la verdadera Loma de mi nacimiento y niñez, es allí, en aquella palabra tejida y destejida con el don de su encanto. Donde no había murallas ni fronteras, donde todo lo prohibido y lo negado saltaba por los aires. Era burlada la cautela, con el ingenio de quienes conocían los secretos resortes del vocablo.

Y siempre el niño, aquel crío que yo era, estaba allí, maravillado e imantado en las conversaciones del coro de mujeres. La tela que allí se cortaba era tan placentera y tan graciosa, tan subyugante, que no había mayor diversión para mí, ni un jolgorio mayor (ni los juegos, ni el cine), que pasar las tardes/noches, enteras, desde marzo a septiembre, sentado en el tranco de la puerta, escuchándolas; con la protesta de alguna vecina, como Ana María La Viuda, que, un poco cansada de que el niño curioso y meticón estuviera siempre con la oreja pegada, le decía a mi madre: -Iris, dile a Juanito que se vaya a jugar. O, ¿por qué tiene que estar aquí siempre el crío "golismando"?

Y lo decía aquella lomera tan querida, que era ingeniosa y ocurrente, y por su donaire y buena sombra hacía las delicias de todos los oyentes, y atraía por la pujanza de sus historias al pequeño, ya seducido y para siempre, con la fluidez de las voces. A aquellas vecinas habladoras y parleras, diestras como ningunas otras en el arte de las palabras vivísimas y germinadas, les debo la fascinación por el lenguaje. Por la charla iban discurrendo, como por el curso de un río, los acertijos picarescos, los cuentos trasgresores, las graciosas retahílas, o los romances y coplas que me tenían embobado. Allí sigo, niño encantado aún, escuchando

y aprendiendo de mis lomerías este regalo maravilloso de lo contado, aquel otro paraíso fecundador de la infancia, por cuyo deleite comencé a escribir.

Me digo en ocasiones: ¡quién pudiera contar con el gracejo y la finura de aquellas albojenses, cuando era posible que, en un pueblo con sed, bebiéramos hasta la madrugada -sin salir de la calle- de las voces gustadas que, como el relato de Sherezade, no terminaba nunca, pues se iban engarzando unas historias en otras, fantasías y sucesos vividos en el mismo ramaje! Aquella si era escuela del pueblo; y mis paisanas, sin saberlo, maestras de un insólito idioma, espontáneo y bello, en su periplo inesperado por la noche.

De pronto, la patulea infantil, sin apartarnos del hilo de la narración, mirábamos a un cielo portentoso de estrellas, que se abría a la mirada atónita, y asistíamos, sin apenas luces que nos estorbaran la visión, a una lluvia fascinante de perseidas, las fastuosas Lágrimas de San Lorenzo, que eran azules, blancas y fugaces, como las palabras que seguían sonando, y como ellas dejaban su rastro para siempre.

Muchos años después, absorto en la Plaza de Jemaa El Fná, de Marrakech, en el círculo de los contadores de cuentos y fabuladores, que agrupaban a una muchedumbre de oyentes, me vino a la memoria el tiempo de la infancia, en que las mujeres de mi barrio nos desvelaban, como a iniciados, el sentido mágico y profundo de la voz poética y la vida contada.

¡Qué curioso! No tengo ningún recuerdo desabrido de las mujeres de mi barrio. Muy al contrario, me queda una hermosa sensación de placidez, por haberme sentido tan amado, como si todas ellas me hubieran abrazado a la vez, con un abrazo colectivo, con energía poderosa y perdurable. Un abrazo de las hembras sabias de la tribu, de todo el coro, círculo genesiaco, como si quisieran paliar la pérdida de aquel gemelo que nació conmigo. Eran madres, o viudas, o solteras anhelantes de maternidad. Siempre percibí en ellas una consideración tan sutil y especial a aquel niño delgado, que, sólo ahora -pues las veo como entonces, colmadas de finura de afectos- entiendo sus miradas y detalles. Bendita sea la fuerza de su maternidad, pues solo ellas pudieron traer hacia mi alma despojada, para reconfortarla, lo que no tiene forma sino calor de lumbre. Escribiría con besos el nombre imborrable de cada una de ellas.

De la fraternidad natural

Eran tan delicadas y atentas. Tenía tanto vigor en nuestro barrio la fraternidad pura, que los detalles iban y venían como dádivas de una a otra casa. -Que hemos hecho una latica al horno de papas bocabajo. Y allí estaba la señora con un plato de aromas deliciosos, para que probáramos aquel manjar de oro tostado. Llegaba la Tía Carmen, nuestra vecina (como abuela de dulce salida de los cuentos) a la que oíamos preparar el turrón de madrugada -a través de los gruesos tabiques- con el cacharro de cobre y la cuchara de madera, para obsequiarnos, con sus finas atenciones, con aquellos restos de turrón inigualable. La esposa del maestro exigente, con su ternura acostumbrada, nos ofrecía sus galletas rizadas recién hechas. Quienes hacían mantecados, o roscos de vino, de anís o de naranja, no

dejaban de traernos la exquisitez obrada por sus manos, siempre con la expresión más cálida: -Iris, para que lo prueben los nenes. Y alguna de las mujeres más nuestras: -Os va a encantar esta morcilla que ha hecho mi Pequeña.

Si los sabores de aquel tiempo eran la cima y gloria de una sabiduría de siglos; la humanidad, el sentido fraterno que fluía entre sus gentes -signo del corazón del generoso mujerío- iban expandiendo la dicha de vivir, en una época de carencias y de perversidad de cuervos. La gente, nuestra gente del pueblo, y de La Loma, nos salvó de la angustia, alivió las tragedias, y se esforzaron para que cada día tuviera su diafanidad para los ojos de la chiquillería.

Cartas que no pueden leer

El niño, que iba con su padre a repartir las cartas, estaba consternado, al ver que tantas ancianas o damas envejecidas por dolores brutales, no pudieran leer las cartas que llegaban de la emigración, del exilio, y de un destierro de migraciones simuladas. De la lejanía hostil o de las cárceles. Ellas no sabían, no habían podido aprender a escribir y a leer. Y sentían que toda el alma se les venía abajo, como una cristalera rota y deshecha en pedazos, cada vez que el Cartero les traía enternecido noticias de los suyos. De los amados en sufrimiento inabarcable.

Fui comprobando, con desazón y pesar, la realidad descarnada del analfabetismo en ellas, que les desalentaba. Ya mi padre, Cartero de La Loma, aguardaba a que abrieran el sobre y le entregaran las hojas para leerlas, en un gesto sagrado donde el alma entera se agrupaba y el tiempo se detenía. Muchas veces el lector improvisado era el pequeño, quien ponía voz a la intimidad familiar, que les llegaba desde sitios remotos. Recuerdo algunas ocasiones en que, vecinas que habían hecho un esfuerzo titánico para traducir las emociones que recibían, balbuceaban lentamente las palabras escritas. Años después, aún conmovido, lo escribí en un poema:

"Son olas las palabras
que no puede beber
sin deslizar el llanto.
Y va entrando en sus ondas
dificultosamente,
con miedo a los naufragios,
a las tormentas que dicen los renglones
aunque no estén escritas".

Llegaban, sobre todo, cartas de Alemania, de Francia -en Grenoble, por las viviendas a un lado y otro de su río, se habían concentrado infinidad de familias de nuestro pueblo, como de una a otra orilla de la rambla de Albox-, de Suiza, Argentina; y muchas de Barcelona y tantas otras ciudades catalanas. Misivas tan rebosantes de emociones amargas y nostalgias, o nuevas alegrías, que mis lomerías no podían contener sus lágrimas. Guardo esos momentos intensos. Quién hubiera podido conservar las cartas, aquel tesoro del alma de la villa. Abuelas y mujeres gastadas tan aprisa fueron quienes me mostraron que, más allá del círculo amable de la tribu, había un mundo de hostilidades, que algo grave -que no acertaba a darle forma- había sucedido y aún



● Dos niños en torno a 1920, con la fotografía de su fallecida hermana Daniela. Gentileza de la familia Berbel Liria

seguía pasando, más allá de los cauces de arena y los cerros de arcilla.

Una tarde me pidió mi padre que le acompañara a casa de dos hermanas, ya mayores. Llevaba una caja de cartón, papeles de embalar, cuerdas y pegamento. -Vente. Llegamos a una vivienda humilde con un pequeño patio con higuera, rosales y emparrado de sombra. Entre las hojas de los árboles se filtraba la luz a una sala sombría.

En la penumbra había una criatura de edad indefinible, que se quejaba de continuo, y se movía sin parar en una silenciosa mecedora. La otra señora, muy dispuesta, de voz enérgica y mirada abatida, fue llenando con embutidos y conservas la caja de cartón. Trajo, para el envío, limones del pequeño huerto. Me pidió que escribiera, a lápiz, unas palabras sobre papel rayado, con la franja de luto. Eran para los suyos, exiliados en Méjico. Al terminar la nota, la dobló con cuidado y la puso, amorosa, sobre los alimentos. -Espere, falta algo. Y entrando de nuevo al huertecillo trajo dos rosas -una roja y la otra amarilla- y una delicada campanilla morada, que invadieron de colores y aromas todo el ámbito. Mientras mi padre terminaba de envolver el paquete, ambos se sonreían largamente. No entendí qué gracia tendrían aquellas flores. La criatura de la mecedora de lona dejó de quejarse, se levantó arrastrando los pies y acercándose, le dio un beso estremecido a la caja, que habría de aventurarse por lejanías de América: - Hijos de mis entrañas!!